



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14256

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pta.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MIÉRCOLES 9 DE JUNIO DE 1909

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Foyoteng-Monmartre.

PARA EL ECO

Antiguallas Cartageneras

María la barbera

La lectura del artículo publicado por EL ECO con el título «Antiguallas Cartageneras» y la noticia que las revistas ilustradas de Madrid insertan de establecimientos públicos de creación modernísima en el Extranjero, donde se afeita y se peina por señoritas a los caballeros, nos ha traído a la memoria una «antigualla» de Cartagena que voy a relatar a los lectores de este ECO tan antiguo como «María la barbera».

No es pues una novedad que las señoras se dediquen a la limpieza de los rostros al sexo feo. A mediados del pasado siglo Cartagena poseía un establecimiento análogo y a su frente se hallaba una profesional, María la barbera.

Era esta como de unos treinta y cinco años, robusta, morena, con el pelo muy negro y rizado, espeso bigote y algo de barba.

El establecimiento se hallaba situado en la calle de San Diego en la acera de la derecha, más arriba de la calle de Herreros, junto a una herrería.

Por aquella época, la calle de San Diego tenía otro aspecto muy distinto al de hoy. Circulaban por ella las diligencias y carros de violín que traían pasajeros de las Herrerías y Garbanzal (hoy La Unión) y el establecimiento de María la barbera solían convertirlo los que marchaban a dichos puntos, en sala de espera, hasta que pasaba el vetusto carruaje que había de conducirlos.

Los que habitaban en aquellas inmediaciones, conservan todavía memoria de los pintorescos diálogos que solían entablarse entre los «bayatas» —como se les nombraba entonces a los que conducían a hombros los cadáveres en los entierros hasta las puertas de San José— y la célebre María, que acostumbraba a asomarse a la puerta del establecimiento afilando ó suavizando sus navajas, cuando veía pasar una de estas macabras comitivas.

Nuestra protagonista que ejercía los servicios de su profesión «oficial» por el precio módico de dos cuartos, echaba también su cuarto a espaldas de cuando en cuando, en las profesiones médicas, curando—gratuitamente—y con bálsamos y ungüentos de su composición, heridas, quemaduras, divites y otras lesiones que la prudencia nos veda enumerar.

Se decía, que en sus ratos de ocio solía entregarse con todas las reservas imaginables a negocios de terciaría... y no de dominio, siendo proverbial su reputación en este ramo entre los Tenorios de aquella época.

El recuerdo de aquellos tiempos, tan distantes hoy de nosotros y la imagen verdaderamente típica de «María la barbera» trae a nuestra memoria aforismos de mejores épocas.

Recordarán, estos hechos que relatamos, algunas personas que habitaban en la calle de San Diego, inmediatas al establecimiento de María, entre ellas, los que hoy son queridos amigos nuestros don José Otaño y don Andrés y don Juan Patacios, mozos casi lampiños en aquellas épocas.

Las líneas que anteceden, convencerán a nuestros lectores, de que antes de que en Alemania se introdujera la novísima modificación de señoritas que hacen la «barba», Cartagena ha-

bía batido el record en este punto, siendo el campeonato nuestra legendaria María la barbera.

El suceso del Penal

Con harta frecuencia vienen registrándose sucesos desagradables acaecidos dentro de los muros del penal de esta plaza, sucesos cuyo desarrollo trasciende las más de las veces al exterior, sembrando la alarma en la población.

Muy fresco todavía el recuerdo de aquel memorable conato de fuga, verificado por las tapias que separan el muelle del penal, se descubrió una mina de doce metros de longitud, por la cual se proyectaba otra fuga que tampoco llegó a realizarse y posteriormente hace muy pocos días, los vigiántes de la prisión encontraron limados casi en su totalidad los hierros de una de las rejas que comunican con el Arsenal.

En tensión constante los ánimos por la repetición de estos hechos, anoche se extendió gran alarma en la población por noticias alarmantes que circularon, respecto a graves sucesos ocurridos en el interior de la penitenciaría.

En efecto, algo muy anormal y grave pasó en dicho establecimiento en las primeras horas de la noche, aunque por fortuna los sucesos quedaron limitados única y exclusivamente a un nuevo conato de evasión que fué impedida por la guardia que presta servicio en la batería del Arsenal.

A las nueve próximamente de la noche el centinela en dicho punto, observó que varios penados se asomaban con insistencia a una de las ventanas, y cumpliendo la consigna que tiene recibida, les intimó a que se retirasen, siendo desobedecido é insultado por los reclusos.

En vista de ello, disparó el mauser sobre el grupo, desapareciendo éste rápidamente de la ventana.

Al disparo acudieron los empleados de la prisión encontrando cuatro penados heridos y alrededor de ellos otro grupo numeroso en actitud levantisca, al cual costó gran trabajo reducir a la obediencia.

Tres de los heridos lo estaban levemente en la cabeza, el cuarto de suma gravedad en la ingle.

Como es consiguiente la detonación y el tumulto consiguiente que se produjo en los alrededores del penal, sembraron rápidamente la alarma, exagerando las gentes la gravedad del suceso.

Esto, es uno más que sumar a la larga lista de los registrados en ese funesto edificio, por cuya desaparición hemos abogado diferentes veces.

Si todavía creen nuestras autoridades civiles y militares que no es hora de ejercer una acción colectiva para que la prisión alicuiva sea trasladada a otro punto, continúen las cosas en el mismo ser y estado, que día llegará en que lamentemos sucesos, de mucha más trascendencia y de peores consecuencias.

CANTARES

I
La ausencia es árbol constante que flores y frutos tiene, pues dá lágrimas primero y luego, olvido y desdenes.

II
No tomes paño sin verio

ni vino que antes no bebas, ni casa que no recorras ni mujer sin conocerla.

III
De barcos chicos no fies porque se naufraga en ellos, ni pongas tus esperanzas en corazones pequeños.

IV
Essa pompas de jabón se deshacen al echarlas, y aún duran más que el cariño de aquella mujer ingrata.

V
Llégate a la joyería y le pides al joyero, un corazón menos falso que el que llevas en el pecho.

VI
Ojos garzos me engañaron ojos muy negros también y ahora unos ojos azules mi perdición han de ser.

N. DIAZ DE ESCOBAR.

Mercachifles y traga-libros

Con las modas baratas y prácticas, cual más, cual menos, todos parecemos en la calle unos honorables burgueses; pero no hay que fiarse de exterioridades, porque si bien los medios de matar pu'gas, quiere decir, de buscarse los garbanzos, aumentan siguen también en proporción creciente las necesidades de la existencia, cada vez más accidentada.

La carrera están cada día peor. Son largas, pesadas y fatigosas, y en cambio no aseguran la planta. Si se hiciese la estadística de utilidades positivas se vería que la gente práctica, la que consigue llevar al puchero mayor ó más grande puñado de garbanzos es la que no ha pasado por los claustros universitarios.

El latín, la física, la química, la historia natural, la medicina, la farmacia ¡qué amplio campo de investigación ofrecen a los intelectuales! Pero lo que importa no son esas investigaciones sino resolver los diarios y urgentes problemas del vivir, que se traducen en pago de facturas, en medios de subsistencia en una palabra en tener los metales indispensables, más ó menos

viles, para que la cocinera pueda preparar el lastre gástrico, y el jefe de la familia, pague al casero, al sastre y demás proveedores de la particular casa al suministro de sus efectos.

El arte de ganar dinero no se aprende en las universidades, cada cual lo aprende donde las circunstancias ó la comodidad le depiran. Y da pena considerar para lo poco que en tal sentido valen y pueden los libros, que enseñan muchas ecuaciones, muchas fórmulas algebraicas, muchos problemas de análisis cualitativo y cuantitativo, pero de acumular, como quien dice, los garbanzos, no dicen una sola palabra.

Jóvenes estudiosos, si que también escualidos tienen el cerebro lleno de doctrinas y principios científicos, pero el buche completamente hueco, y como así no se resuelve prácticamente el problema del vivir a lo mejor vemos a un doc or en filosofía y letras de cobrador en un tranvía, dándole el billete a un obrero y rudo traficante adinerado; ó a un abogado sin bufete, metido a mecanógrafo y taquígrafo para llevar a su casa unos cuantos perros chicos que con la ciencia del derecho no ha podido alcanzar.

Todo eso pinta el carácter de una época, siendo por todo extremo deplorable encontrarse por ahí gentes rotas de mollera, moñetudas y ahitas, con los dedos llenos de sortijones, cargados de cadenas de oro y la cartera repleta de «papiros», que apenas saben leer ni escribir, y mientras tanto, gentes finas que pasaron su niñez, su juventud y casi toda su adolescencia llamando de tú a Aristóteles, a Euclides, a Linneo, a Lavoissier, etc. etc. van mal vestidos y peor calzados, sin un céntimo en el bolsillo ni cosa caliente en el estómago.

Un país en que la ciencia está arrinconada, y en que los mercachifles están gordos, no puede aspirar a redimirse porque la batuta, ¡oh querido Taótimol debe siempre estar en manos que la sepan manejar; y la verdad sea dicha, si los libros no han de servir de otra cosa que para humillar a

quienes los estudian... más vale que los roa la polilla.

ABEL IMART.

Crónica de modas

(De nuestro servicio particular)

Un ensayo en el teatro Michel, tiene siempre el carácter de fiesta solemne para la sociedad más distinguida y elegante. En el salón y en los patios, lo mismo que en el escenario, se ve a las primeras cómicas del mundo con preciosos trajes. Esta vez, aparte de la emocionante pantomima de Mr. Lucien Mayrargues con los pintorescos trapillos de gitana, hemos visto la entretenida comedia de Román Coolus, titulada «Efectos de óptica», en la cual Mile Dubrien presenta un delicioso traje sastre de «mochila gerable», cortado con maestría y descolando por la variedad de sus ingeniosos detalles. Desde luego resulta muy grato la elegante distinción de las prolongadas vueltas de mofeta «gris estaño» sobre el delicado matiz arco «erabile», ú timo grillo de la estación.

Al lado de Mile Dubrien se descubre una silueta llena de juventud y de encanto. Indudablemente, es Alicia Mory la más diminuta y seductora rina de la elegancia. Su papel apenas reviste importancia, siendo mediadora entre dos fugas amorosas. Pero cuando el largo manto azul Rembrandt se desliza sobre sus frágiles espaldas y le vemos ceñir el traje del mismo tono, sin pretensiones, no obstante sus caprichosos detalles, aparece bien determinada la intervención del gran modista. Mademoiselle Cypri Merode y Rosni Derys compiten resueltamente en el «Premier Pas»: Cleo es siempre la admirable tanagra de los bandos característicos; Rosni Derys nos encanta con sus actitudes realizadas por la habilidad del sastre, con el largo manto, color malva Trionon, cuyas vueltas de zibelina dan al semblante una aureola de luz.

La misma elegancia y distancia que se observa en el teatro nos sorprende en las grandes fiestas deportivas. Antel es hoy el escenario en que podemos estudiar las últimas creaciones de la Moda. Ved dos modelos de este

Biblioteca de El Eco de CARTAGENA 168

VENGANZA AFRICANA 166

hermeco y alto... de ojos vivos, blancos dientes y piel lustrosa como el ósmo polvoso...

Y Atar Gull, pues era él, se acercaba de cuando en cuando a besar los encarnados labios de la negra; pero bajaba ella la cabeza y no encontraba en boca el amante sino sus largos y suaves cabellos.

Entonces, se reía á carcajada la pobre muchacha... y los dos cilindros continuaban atrayendo los hacesillos de tabaco, y ella los seguía en su movimiento, y se aproximaba a la muela sin pensar ocupada como se hallaba de los tiernos propósitos de su amante.

Todo esto era observado por el S. VII, y se moría de ganas de castigar un poco a aquellos holgazanes pero estuvo su cólera.

Karina no era ingrata, no: así es que adelantado sonriendo sus labios de coral... cuando lanzó un grito horroroso un grito que hizo estremecer al colono, a pesar de que iba con la idea fija de «cargar el capatze que castigara con su látigo a la indolente y risueña negra.

Embebida enteramente en sus amores, había continuado avanzando la mano hacia el molino, sin echar de ver la desdichada que no quedaban más cables que molar. Y en el momento que Atar Gull la abrazaba... se dejó coger la mano entre los cilindros, que continuando con gran velocidad

III

EL COLONO

El bueno de M. Wil, hombre apreciable y honrado, era uno de los colonos más ricos de la Jamaica. Rico, puesto que sus plantíos de caña se extendían desde la punta de la Acosua hasta el Carbet, y bueno, porque sus reclusos le echaban de excelentemente bondadoso para con sus negros.

M. Wil recibía «El Times», de modo que el capitán magroño de este periódico había conseguido en él sentimientos de filantropía, que también habrían quedado desconocidos en el fondo de su corazón, si se gormen no hubiera sido educado por la lectura de aquel estimable papel, lectura que el colono comparaba pacientemente con el banático rodeo que hace brerar y vender la coya